

distinto, que en su misma diferencia encerraba, aunque fuera potencialmente una posibilidad de conocimiento y, por tanto, un enriquecimiento.

Sin embargo, como la responsabilidad de escribir o de no hacerlo, la tiene única y exclusivamente el escritor y no el contexto ni la indiferencia del medio, en general los exiliados hemos seguido escribiendo casi con furia, como una respuesta a quienes nos habían obligado a marcharnos de nuestros países o nos impedían regresar. Peleando con las nuevas cadencias, mezclando palabras inusuales, giros desconocidos, el exilio ha elaborado una obra marcada por el desarraigo. Un vientito de nostalgia se cuele de improviso hasta en las páginas aparentemente más asépticas. Escribir para un sitio viviendo en otro crea una esquizofrenia que se parece a la ubicuidad. Sabemos que el grueso de nuestros lectores ha quedado en nuestros países de origen y consciente o inconscientemente nos adecuamos a las claves vigentes o que creemos vigentes del otro lado del océano. Pero como sólo un ordenador podría escribir sin recibir influencias del medio, el contexto en el que vivimos nos condiciona aunque nos estemos refiriendo a un atardecer en Montevideo, a los ojos de una muchacha que camina por la calle Merced en Santiago de Chile, o a unos balconcitos bajos de un barrio de Buenos Aires. El exilio condiciona y al mismo tiempo enriquece con una experiencia que —como los agujeros del amor— sólo puede conocerse cuando se ha sentido en las entrañas.

Horacio SALAS  
Instituto de Cooperación Iberoamericana  
Madrid  
(España)

### III

Quienes creen en el valor significativo de los números aseguran que el siete señala el cumplimiento de un ciclo. Tras siete unidades de tiempo, algo madura y cambia su calidad. Hace siete años que estoy en España y es ésta la primera vez que una universidad del país que, desde hace un tiempo, es el mío, me invita a decir algo en uno de sus recintos. En estos años he recibido invitaciones del Colegio de México, la Casa de la Cultura de París y las universidades de Toulouse y Berlín, lugares obviamente más distantes de mi domicilio que Madrid.

Temo que la invitación, dado el tema de estas jornadas, resulte tardía. En efecto, desde que el Ministro de Justicia me acordara la nacionalidad española en mayo de 1981, carezco de todo argumento lógico para considerarme un exiliado. ¿Cómo podría serlo en la nación a cuya nacionalidad pertenezco y que es la de mis antepasados paternos desde tiempos inmemoriales, salvo la generación de mi padre? De mi abuelo hacia atrás, hay tantos españoles en mi sangre como en la de cualquier nativo.

Años ha, es posible que esta categoría de exiliado estuviera acomodada a mi situación en Madrid. Salí de Argentina a raíz de la prohibición de mi libro *Olimpo*, que cuenta con el discutible privilegio de ser el primero de la lista que luego fue engrosando con rapidez el gobierno militar. A pesar de no haber recibido amenazas ni aprietos mayores, consideré oportuno alejarme del país, donde era cotidiano encontrarse con cadáveres hasta el número de treinta, cadáveres que nadie sabía cómo ni por qué habían llegado a esa situación, gente conocida o desconocida, con militancia política o sin ella, amigos sospechosos e insospechables. El periódico en que trabajaba, *La Opinión* de Buenos Aires, dirigido por Jacobo Timerman, luego secuestrado, torturado y preso durante varios años en caso que ha tenido mucha repercusión en diarios y libros, dicho periódico sí recibía continuas amenazas

telefónicas y alguna tarde, al llegar a la redacción, vimos una de sus paredes agujereadas por el impacto de un proyectil que, dada mi ignorancia en la materia, no sabía decir si era una granada o algo parecido.

Sali de Buenos Aires como un turista más y aquí estoy. Creo que la medida fue prudente, pues el diario fue intervenido y luego expropiado, gente de la redacción fue «desaparecida» o «chupada», como se decía entre los especialistas, y el editor Muchnik y los periodistas de la revista *Satiricón*, que sufrieron prohibiciones similares a las de mi libro, estuvieron detenidos clandestinamente y fueron castigados y expulsados del país.

Estas condiciones, en lo que a mí respecta, han cambiado notablemente en los últimos tres años. Creo que podría estar en la Argentina sin ningún tipo de problemas especiales, aunque soportando las inclemencias de una situación económica de bancarrota y desocupación por todos conocida, además del peligro constante de una involución política, con un golpe de Estado antes o después de las elecciones. Pero quiero decir que estos riesgos no serían mayores de los que amanezcan al resto de los argentinos.

Si vivo en España y no en México o Argentina, como en algún momento pude optar por hacerlo, es porque quiero. He decidido elegir un país donde he conocido un nivel de libertades públicas como nunca en mi tierra de origen, una regla de juego constitucional que merece el respeto de la mayoría de la sociedad, la posibilidad de informarme libremente en las materias que me interesan, la proximidad de centros culturales europeos que importan notablemente a mi formación de escritor. Pertenezco a esa clase de españoles que pronto seremos, lamentablemente tal vez, unos privilegiados, es decir los que tenemos un trabajo estable y la protección de la Seguridad Social.

Todo esto me inhibe de considerarme un exiliado. Si tal hiciera, me parecería actuar de modo desleal con mi historia, con mi experiencia aquí y con la sociedad a la que aspiro a pertenecer por medio de mi manera de insertarme en el mundo que es, antes que nada, mi tarea de escritor.

De otro lado, debo confesar que me fastidia que me traten como a un exiliado. Antes que nada, porque ser exiliado supone una etiqueta que coarte mis posibilidades de desarrollo en libertad dentro de la sociedad española. Ser exiliado es contar con una suerte de vallado, corral, ghetto o jaula que nos convierte a los seres humanos en una curiosidad sociológica o antropológica, cuando no meramente zoológica. Rechazo ese tipo de encantos y toda la especulación que pudiera, eventualmente, favorecerme en la busca de un reconocimiento.

Un escritor es su obra. Todo lo demás es anécdota, revista del corazón, negocio editorial, pornografía sentimental. Si mi obra vale, mi calidad de español naturalizado no va a añadirle nada. Si mi obra no vale, mi calidad hipotética de exiliado no la va a mejorar. Entonces ¿para qué insistir en esa suerte de condena racial que significa ser exiliado de por vida? Si tengo siete años de español, ¿será más español cualquier niño nacido en España en estos seis últimos años? ¿Cuánto hay que vivir aquí para ser tratado de igual a igual, bien entendido que esta igualdad no suprime las tremendas diferencias que suele haber entre los seres humanos?

Esta apelación a mi condición de exiliado, apelación que rechazo, es también una limitación para el que reconoce y no tan sólo para el reconocido. Es como si la universidad de Madrid me dijera: «Sólo me interesa en tanto exiliado, mientras no saque los pies de su plato de exiliado». Si esto es así, yo, con los pies fuera del plato, y aquí usaré un argentinismo, «yo me borro».

Contra lo que puedan pensar los puristas del castellano, para los cuales la lengua que hablamos es regional y pertenece a Castilla la Vieja, cuando no a la provincia de Salamanca, cuando no al pueblo de La Alberca, el ámbito indiomático de nuestras literaturas es mucho más que peninsular y no tiene centro, pies ni cabeza. Es un universo polípero, en constante evolución, permeable e impuro, como todo lo vivo.

gracias a ello se ha constituido en uno de los ámbitos literarios más importantes del mundo actual, a despecho de que ni España ni, mucho menos, América Latina, pertenezcan al club de los siete grandes países más ricos, más desarrollados, más industrializados, más tecnificados y más polucionados de nuestros días.

Si esto es así, me parecen impertinentes todas las barreras que se pongan entre escritores nativos y aborígenes, afincados y emigrados, españoles y americanos. Estos bloques no responden a ninguna realidad. Hay tanta distancia entre un escritor mesetario y un poeta gaditano como puede haberla entre uno madrileño y otro peruano o como también puede haberla entre dos escritores argentinos, el uno de Buenos Aires y el otro de Jujuy, pues entre ambas ciudades hay el doble de distancia que de Madrid a Barcelona, por ejemplo.

Una de las mayores dificultades que he tenido en mi calidad de escritor emigrado ha sido, precisamente, este etiquetamiento apresurado, poco científico y a menudo tribal que se hace entre escritores de la península y escritores de ultramar. Quienes admitten esta distinción siguen creyendo que España es un imperio y que existe la Corte y existen las colonias de la periferia. Y esto no es así desde hace unos cuantos años y todos ustedes, expertos en literatura hispanoamericana, lo saben de sobra.

Sin embargo, esto no es así en la vida literaria cotidiana. Los escritores no nativos, por ejemplo, hemos sido excluidos del Premio de la Crítica, lo cual quiere decir que la crítica española quiere restar y no sumar. ¿Qué habría sido de la evolución literaria de España si les hubiese ocurrido lo mismo a Rubén Darío, a Vicente Huidobro, a César Vallejo, a Pablo Neruda, al joven Borges ultraísta? ¿Qué pensarían esos críticos si los argentinos hubiésemos devuelto a España, por advenedizos, a Rosa Chacel y a Francisco Ayala, o los mejicanos a Max Aub y a Luis Cernuda?

La Universidad Autónoma de Madrid no contaba con una cátedra de literatura hispanoamericana hasta hace pocos meses. En el libro de texto de la materia que firman los profesores Lázaro Carreter y Tusón la literatura hispanoamericana ocupa las últimas 22 páginas de las 500 que totaliza el volumen, y viene detrás de las literaturas en gallego, catalán y euskera. Así resulta que los poetas antes citados hacen cola detrás de Rosalía de Castro y de Iñaki Aresti. En el periodismo cultural, aunque mucho ha llovido en estos años, hay bastante de tribalismo con los escritores emigrados y en algunos autores, como el señor Martínez Ruiz de *ABC* el tema es auténticamente obsesivo. Recuerdo que, premiados Donoso y Onetti, los consideró espectros que se paseaban con desparpajo (*sic*). Junto a estas muestras de encerramiento castizo e intolerancia hay felices ejemplos contrarios y debo mencionar, por su actitud sistemática de escucha a la literatura de ultramar, a *Cuadernos Hispanoamericanos* (no porque yo trabaje allí, la revista siempre fue auténticamente hispanoamericana) y *Nueva Estafeta*. Pero, en general, salvo las apariencias del llamado boom, que dio a conocer en España a una decena de escritores americanos, de los cuales apenas un par de ellos eran primerizos, la literatura de aquellas repúblicas sigue siendo desconocida, en su conjunto, en estos reinos. La reciproca no es así, pues desde siempre, en las escuelas de la Argentina, por ejemplo, hemos tenido un curso de literatura española y uno de americana. Para nosotros es tan clásico Lope de Vega como Sarmiento, Góngora es uno de los antepasados de Rubén, aunque lo conociera a través de Verlaine, y Galdós es el maestro de los realistas sudamericanos. A nadie se le ocurriría traducir a Gabriel Miró al lunfardo, dadas sus dificultades de léxico, como fue traducido, en rasgo de incomparable pintoresquismo, *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo, en cierta edición barcelonesa.

Cuando hablo de compartir derechos también lo hago en cuanto a compartir deberes y fatigas. Si se suma un inmigrado no es sólo para que le den cosas y satisfagan las abruptas carencias que plantea la emigración, sino para que se le exijan cosas en la misma medida en que se exige al nativo. El emigrado no es sólo un niño hambriento, es también un adulto que puede engendrar y alimentar.

En esto la combinación de emigrados y nativos no es precisamente feliz. El

emigrado, en general, lo es por motivos compulsivos y para él, para nosotros, irse del país de origen es algo que se vive como un despojo, una humillación, a veces hasta como un castigo de aquellos que la antigüedad conocía como ostracismo.

Para la sociedad española, la recepción relativamente masiva de inmigrantes es un fenómeno nuevo y desconcertante. No sólo por ser nuevo, sino por ir a contracorriente de lo que han sido los movimientos de población en este país. España ha sido, históricamente, un país de expulsados y de emigrantes. Judíos, moros, judaizantes, moriscos, heterodoxos, afrancesados, carlistas, liberales, republicanos, anarquistas se incluyen en la primera categoría. En la segunda van los emigrantes obligados por las carencias económicas de ciertas regiones, entre ellos los incontables gallegos y asturianos que son nuestros abuelos de Buenos Aires.

Los extranjeros han llegado a España en contingentes, cuando ha habido la circunstancia desdichada de una guerra civil. Vinieron en la de Sucesión, vinieron en las guerras napoleónicas y carlistas, vinieron cuando el Alzamiento del 36 y los sangrientos años siguientes. Esta es, tal vez, la primera ocasión en la historia de España en que se sufre una inmigración pacífica. Y todo lo nuevo da angustia, desconcierto, finalmente miedo a lo desconocido.

A estas penurias de la novedad se sumaban, en 1976, cuando llegué a España, otras novedades que, si por un lado eran estimulantes, por otro lado creaban ansiedad. Me refiero al cambio político y el estreno de la democracia constitucional y la monarquía parlamentaria. Pero también me refiero a la crisis económica, la desocupación creciente, una inflación que entonces alcanzaba cotas desconocidas y alarmantes. Si encima de todo esto caían los sudacas con su tristeza, su nostalgia y su prepotencia, éramos pocos y parió la abuela.

Esta suma de hechos ponía en crisis una prolongada pedagogía dictatorial de orgulloso aislamiento (hoy sabemos que la financiación del Alzamiento y los pactos secretos con Estados Unidos no eran hechos aislados ni orgullosos), de autarquía, autosuficiencia, restauración imperial, defensa de los valores eternos de Occidente, pureza de la casta, etc. Todos estos valores, así expuestos, pueden parecer una reliquia más o menos pintoresca del pasado, pero su arraigo en el inconsciente de los españoles es mucho más profundo y perverso de lo que parece en la superficie. Y si mucho se ha andado en estos años, como prueba de que España es una sociedad viva y cambiante, creo que mucho queda todavía por hacer hasta que cualquier español pueda mirar sin ningún recelo previo a un extranjero que decide convivir con los nativos en España. Sentimientos de inferioridad y cierta paranoia de aparente soberbia aislacionista. Y mientras ciertos españoles se sientan, aunque no lo sepan, menos que los franceses o los alemanes, necesitarán siempre a un morito de Tánger, a un negrito de Guinea o a un sudamericano de Buenos Aires para recuperar la altivez imperial que llevaba derecho hacia Dios.

Quedé bien claro que no estoy generalizando ni menos aún personalizando, sino que hago una caricatura a partir de ciertas impresiones. La caricatura, como todos saben, también es un género literario y hasta puede tener interés didáctico, más si el breve tiempo de que disponemos esta mañana nos obliga a ahorrar información y a quedarnos con los trazos más gruesos.

Por otra parte, para los escritores argentinos, la emigración no es un fenómeno excepcional ni anómalo. La literatura argentina empieza a existir con la generación de 1837, que es una generación de exiliados. Sarmiento escribe su *Facundo* en Chile, haciendo la descripción y el diagnóstico de una Argentina que no conoce y que no existe como unidad política. Alberdi, autor del libro que sirve de base a la maltratada Constitución de 1853, vive la mayor parte de su vida fuera del país que colaboró tanto a estructurar jurídicamente. Emigrados son Echevarría, Mármol, Félix Frías, Mitre. Y emigrados son los maestros europeos que se suceden entre la generación del 37 y la del 80: los italianos Pedro de Angelis y Pedro Scalabrini, los franceses Amadeo Jacques, Alexis Peyre y Paul Groussac, los españoles Lorenzo Torres y Enrique del Valle Iberlucca, etc.

Regularmente los escritores argentinos han buscado el camino de la emigración, en lugar de sus raíces europeas, el viaje a la mágica París, que acogía como una madre o traicionaba como una mujer fatal, según saben hasta las letras de los tangos. Carlos María Ocantos en España, Julio Cortázar en Francia, Juan Rodolfo Wilcock en Italia, son ejemplos de la atracción que Europa ha ejercido, como tierra de adopción, sobre cierta *itelligentsia* rioplatense.

La emigración es un fenómeno traumático, quiero decir que es un golpe. Puede matar, puede estropear, pero también puede ayudar a renacer. También se golpea a los niños recién nacidos para que lloren y aprendan a respirar fuera del seno materno. Estas dificultades que, sumadas, pueden aplastar y paralizar, e en ciertas dosis razonables pueden ser estímulos, a veces indignantes, otras placenteros, para poner manos a la obra.

Emigrar supone perder el lugar adquirido y, con él, la identidad que se obtiene ocupando habitualmente un mismo espacio. De pronto, el emigrado advierte que se ha quedado sin las miradas que lo reconocían. No sólo las miradas de amistad, de amor, de complicidad, de fraternidad, sino también las de odio, las de codicia, las de desprecio. Muchas veces hemos mendigado por la calle una mirada despectiva que nos reconociera en su desdén: la hubiéramos cambiado con gusto por la cantidad de miradas que resbalaban sobre nosotros como si fuéramos invisibles. Tanto nos constituye como identidad un amigo o un enemigo, una caricia o una bofetada, un halago como un insulto. Por algo dice el refrán que Dios se ocupa de nuestros amigos en tanto que nos ocupamos directamente de nuestros enemigos.

Para el escritor la busca de reconocimiento es la busca del lector. Y reencontrar lectores en un ámbito idiomático sensiblemente distinto es un desafío, una apuesta que puede ganarse o perderse. En último análisis, la literatura de un escritor es un intento, siempre modesto, algunas veces triunfante y la mayoría fallido, de construir una mitología personal. Esta mitología personal, en principio, debería resistir las traducciones, buena o peores, que de todo hay. El escritor debería ser capaz de manejar diversas jergas, que son diversas formas de su dialecto personal, para poder diseñar aquella mitología en niveles distintos, así como un artista visual puede valerse del óleo, del dibujo, de la acuarela, del acrílico, de la pluma, del grabado, etc., para formularse como tal.

Esta traducción no es siempre posible. Hay ejemplos ilustres para todos los gustos. Enrique Larreta, por ejemplo, un señor que hablaba francés, escribía un español del siglo XVI en la Buenos Aires del siglo XX. Algo similar puede decirse del cubano Alejo Carpentier. Milosz, el reciente premio Nobel, en cambio, no puede hacer poesía sino en polaco, aunque sus imágenes de nostalgia son de la ciudad lituana de Wilno. Nabokov y Beckett dejaron sus idiomas originales por otros: francés, inglés. El húngaro Goerg Lukács casi nunca escribió en húngaro, sino en alemán, y se pasó unos veinte años en la Unión Soviética. Thomas Eliot es un escritor inglés aunque haya nacido en los Estados Unidos, así como Saint John Perse es un escritor francés aunque haya nacido en una isla del Pacífico (me pregunto dónde los pondrían los equivalentes de Lázaro y Tusón).

Estas telarañas de exilios, emigraciones, arraigos y desarraigos muestran que las posibilidades e imposibilidades de un escritor son innumerables. Para mí, nacido y crecido en Buenos Aires, mi ciudad en una forma espiritual que difícilmente se apartará del fondo de mi mente, así como la carpintería de un edificio permanece mientras el edificio existe, aunque se cambien sus revoques, se le añadan ascensores y porteros eléctricos, se cambie su caja de escalera, etc. No es por deliberación ni por defensa de una suerte de identidad sagrada que, como tal, debe ser protegida por espesas murallas. Es por una suerte de fatalidad histórica: no volverá a nacer, no volverá a ser niño ni adolescente, las edades míticas y fundantes de la vida no se volverán a repetir en mi vida. Ya dice Borges que él sigue caminando por las veredas de Buenos Aires, sin por qué ni cuándo, aunque esté lejos de ella. Mi ciudad, y no ya

mi país, que conozco mal y fragmentariamente, es un sistema de imágenes que me permite imaginar el mundo y entenderme, bien o mal, con los demás. Los demás son ustedes, españoles aborígenes, en esta circunstancia de mi vida. Somos muy distintos, somos severamente iguales. En esta vacilación entre identidad y desemejanza está la posibilidad de que la emigración deje de ser una curiosidad zoológica y se transforme en una fecunda experiencia humana.

Blas MATAMORO  
Instituto de Cooperación Iberoamericana  
Madrid  
(España)